

Detenerse para innovar

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2022.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

Detenerse para innovar

La innovación se ha convertido en una verdadera obsesión en los tiempos que corren. Todos quieren innovar, o al menos aparecer como innovadores, ubicarse en la primera línea: mientras más disruptivos, mejor.

Sin embargo, la verdadera innovación no es algo revolucionario: es un proceso lento, arduo, comprometido, generalmente ajeno a brillos y a fanfarrias.

No todo lo nuevo o lo novedoso es innovador. Se innova cuando se da solución a un problema de una forma que hasta el momento no se había intentado. O cuando se buscan caminos alternativos para salir de un atolladero. Para ello, a menudo es necesario redescubrir —que no reinventar— los objetivos esenciales (en nuestro caso, los de las bibliotecas) e intentar nuevas formas de alcanzarlos (algunas serán muy viejas, pero resultarán innovadoras porque no se habían probado antes).

Y para eso, no siempre se requiere una abundancia de recursos (sobre todo tecnológicos). Como han demostrado hasta la saciedad numerosas bibliotecas latinoamericanas, la verdadera innovación tiene mucho de creatividad, de ingenio, de encontrar atajos o circunvalaciones para sortear dificultades, de ajustar los pasos al camino.

La innovación nace de las manos de personas que, al enfrentarse a un problema, aceptan inmediatamente el desafío y se preguntan cómo pueden solucionarlo, a ser posible con las cosas que tiene a mano. Que no suelen ser muchas. Son esos pequeños logros obtenidos tras los muchos pequeños pasos de esa "muchacha pequeña" de la que alguna vez habló Galeano. Hay, en la innovación, un cierto toque de inconformismo y de rebeldía. Porque sin dejar de lado —o romper— muchas de las reglas, normas, costumbres y valores que configuran la realidad y hacen que el mundo actual sea, precisamente, el mundo actual, avanzar sería imposible. Cambiar también.

A la hora de innovar no podemos eludir ciertas preguntas: ¿Innovar a costa de qué? ¿A qué precio? ¿Dejando qué cosas atrás, o al costado? ¿Apostando por qué valores? ¿Bajo qué condiciones, por qué motivos, para responder a qué necesidades? Innovar no es dejarse arrastrar por las circunstancias: es abordarlas, analizarlas y actuar consecuentemente, de forma crítica. No es dejarse llevar por los vientos y las corrientes de moda: es poner los pies en la tierra, porque se precisa tener un piso firme si se desea actuar e impulsar un cambio.

Las bibliotecas nunca han dejado de innovar. Está en su propia naturaleza: se adaptan a las necesidades de su comunidad, son flexibles, y saben utilizar los recursos disponibles para solventar las situaciones críticas por las que atraviesan. Ocurre que, guardianas de memorias como son, las bibliotecas siempre han sabido mantener cierta calma y cierta prudencia (al menos hasta tiempos recientes) y han preferido quedarse un paso por detrás de la primera línea de cambio. Para cuidar mejor lo que protegen.

A veces innovar implica prestar atención a lo que nos rodea cotidianamente. Otras, significa tener la valentía de mirarse al espejo (algo que no suele hacerse muy a menudo, o que incluso se evita). O ir un paso más allá del espejo y mirar hacia adentro para dejar de seguir cantos de sirena ajenos y preguntarnos qué es lo que estamos haciendo, qué es lo que queremos hacer, hasta dónde queremos llegar.

En un mundo en el cual el cambio constante parece ser la norma y el movimiento y la velocidad, una necesidad, romper esa tendencia y detenerse —pararse para avanzar— resulta algo verdaderamente innovador. Detenerse para tomar distancia. Para respirar. Para mirar hacia atrás y analizar lo andado, lo que ha funcionado y lo que no. Para recomponer lo erosionado, para reforzar hebras sociales muy gastadas. Para cultivar la solidaridad y el respeto, para hacer comunidad, para rescatar diversidad. Para recuperar conocimientos e identidades (por viejas que sean) que nos hagan más fuertes y nos den una mayor resiliencia.

Detenerse y mirar hacia atrás —y, por qué no, hacia adentro— no solo resulta innovador. También es inteligente, pertinente, necesario, saludable y responsable. Y un poco mágico.

Addenda

Cualquiera puede "innovar" aplicando las últimas novedades tecnológicas —el último juguete salido de las tiendas de informática, o la última aplicación de telefonía, o la última primicia de la web 3.0— a la biblioteca. Pero se requiere de mucha creatividad,

imaginación e inspiración para tomar algo ya conocido y darle la vuelta, utilizarlo en otro sentido... Es ahí en donde está la verdadera innovación.

Una innovación que, si bien suele estar ausente en los congresos y publicaciones profesionales, abunda en las bibliotecas latinoamericanas. Y abunda porque en buena parte de los países de la región las bibliotecas (y los que trabajan en ellas, sean quienes sean) no cuentan con los mejores presupuestos, y por ende deben de aguzar su ingenio para usar de la mejor manera posible los escasos recursos con los que cuentan. Y se aplican a eso que los angloparlantes llaman "tinkering": jugar con lo que se tiene, desarmarlo, de-construirlo, volver a armarlo de otra forma hasta lograr eso que para algunos es una "solución con lo que había a mano" y para otros, pura "innovación".

Sería interesante que existiera un espacio en donde poder sistematizar esas experiencias innovadoras, y en donde poder compartirlas y discutir las, en el marco de un auténtico proyecto de humanidades digitales. Porque pocas bibliotecas de nuestro continente están en posición de adquirir drones o impresoras 3D. Muchas, sin embargo, podrían emplear soluciones sencillas, creativas y bien innovadoras para hacer frente a sus muchos problemas cotidianos.